

---

## RESEÑAS

---

**GONZALO ORTIZ,**  
***Los hijos de Daisy,***  
Alfaguara, Quito, 2009, 400 pp.

En su primera novela, *Los hijos de Daisy*, Gonzalo Ortiz Crespo aborda el tema de los problemas que han enfrentado los migrantes ecuatorianos debido a la crisis económica y el aumento del desempleo que han afectado al Ecuador y al mundo durante los últimos diez o doce años. Este tema no le es ajeno al autor, quien lo ha analizado a lo largo de sus carreras de periodista y catedrático universitario y ha publicado varios libros sobre las vicisitudes de la economía ecuatoriana, como *Resumen de la historia económica del Ecuador* (2001), y *En el alba del milenio, globalización y medios de comunicación en América Latina* (2000). Además, su experiencia como Concejal del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito hasta el año 2009, especialmente en relación con el barrio Quitumbe, al sur de la ciudad, le ha facilitado el material necesario para describir en su novela la lucha de los ecuatorianos que han salido del país en busca de una vida mejor. Desde luego que esta lucha no ha sido fácil. A los problemas económicos y del desempleo se

han añadido otros, como la disolución de las familias de los migrantes y el aumento del número de indocumentados, lo cual ha complicado su situación y ha forzado a miles de ellos a regresar a su país. Esta es la dura realidad que pinta esta novela. Veamos cómo lo hace.

En treinta capítulos y un epílogo, un narrador omnisciente nos cuenta, en tercera persona y en pasado, la historia de Daisy y su larga y complicada familia, y nos habla sobre sus vivencias, sus inquietudes, sus recuerdos, sus vidas y sus muertes. Logra así construir el argumento hasta llegar a su clímax y su desenlace, caracterizar a los personajes y delinear el ambiente físico y psicológico que los rodea, por medio de una excelente combinación de narración con descripción. Comentemos a continuación esta técnica narrativa, los motivos que estructuran la novela y los recursos de estilo que utiliza para comunicar su contenido.

La crónica de esta familia de migrantes empieza en Quito el 25 de diciembre de 2006, en Navidad, y termina en Guayaquil el 25 de julio de 2007, en las fiestas por la fundación de la ciudad. Interesantemente, estos siete meses de tiempo lineal abarcan en verdad cuarenta y cuatro años de tiempo circular. Esta ampliación temporal se logra con los frecuentes regresos al pa-

sado, como el que cuenta los recuerdos de Daisy, empezando con el de su matrimonio en Zaruma, pequeña ciudad de la provincia de El Oro, en 1962, donde se casa con Teófilo Rodríguez, quien es capataz en una de las minas de oro que se explotan en esa provincia. De esta manera, esta crónica circular desarrolla los motivos de la novela por encima de su tiempo lineal. Sabemos así del matrimonio de Daisy, el hecho más antiguo de la novela, cuando ella rememora su vida en el capítulo XI y se arrepiente de haber ido a Quito desde Guayaquil con Néstor, su último hijo, por el fracaso de la celebración de la Nochebuena de 2006 en casa de su hijo Roberto, la cual termina violentamente, como nos cuenta el narrador al principio de la novela:

Fue ese instante que decidió que iba a dejar de luchar; que esa no era su familia, aunque le unieran lazos de sangre y ella se hubiera ilusionado con reunirla y hacerla funcionar.

Se dio cuenta —de golpe, como si alguien hubiera apagado una luz dentro de ella— que la ilusión y el trabajo que había puesto en organizar esa reunión navideña no servía para nada. Que esa fiesta de Navidad no tenía nada de fiesta y que la pelea a golpes entre Édgar y Néstor, la borrachera de Roberto, las hirientes críticas que había recibido de su madre, el llanto estridente de Guillermina, el coqueteo de Cléber con Jaqueline le producían desesperación (p. 9).

En estos breves párrafos sobre la decepción de Lucinda, la hija mayor de Daisy, se plantean los principales motivos de la novela: los problemas de la migración, las injusticias y los prejuicios de la sociedad tradicional organizada verticalmente, con la consiguiente explotación y discriminación de los más pobres,

el culto a la vida y la naturaleza, y un invencible afán de supervivencia. De la interacción entre estos motivos surge la complicación del argumento, con un contenido rico en experiencias y desafíos tanto individuales como colectivos. A lo largo de la novela, vemos cómo, empezando con Daisy, casi todos los personajes son explotados y maltratados por las minorías privilegiadas y son víctimas del machismo, el sexismo y el clasismo, prejuicios que se expresan en extremos como la prostitución, cuya mayor víctima fue Daisy, y la violencia del crimen organizado, que se ensañó especialmente con Héctor, su tercer hijo. El matrimonio de Daisy, por ejemplo, duró menos de cinco años. Debido a la violencia y la infidelidad de su marido, ella no tuvo más remedio que dejar con su mamá a Lucinda y Edgar, los dos hijos que había tenido con él, y huir de Zaruma a Machala, donde se dedicó a la prostitución para sobrevivir y enviar remesas a su familia.

Aunque siempre trataba de dejar el “trabajo” más despreciado del mundo convirtiéndose en la amante de los “clientes” que se enamoraban de ella, no lo consiguió. Fue así como tuvo a sus cuatro hijos menores: Héctor Ochoa Castillo, hijo de un comerciante peruano que lo reconoció en el Registro Civil de Huaquillas y desapareció para siempre; Guillermina Díaz Castillo, hija de un notario de Machala, casado y usurero, quien, poco después de su nacimiento, las llevó a ambas a Loja, “colocó” a Daisy en el único prostíbulo de la ciudad y las abandonó para siempre. Daisy tuvo que llevar a su hijita a Zaruma para que la criara su abuela, como lo había hecho también con Héctor, y huir a Guayaquil. Roberto Jimbo Castillo fue hijo de un orense casado que trabajaba con los militares,

quien llevó a su hijo a Machala para que lo criara su hermana, y Néstor Castillo fue hijo de un magnate guayaquileño casado, quien, aunque no lo reconoció, les compró una casa a él y a su mamá para que fuera su “segundo hogar”, e hizo que por fin Daisy dejara la prostitución y no volviera a tener problemas económicos. En cuanto a Héctor Ochoa Castillo, su trágica historia empezó cuando su hermano Edgar, quien había emigrado a Italia, lo llevó allá, donde, pocos años después, murió víctima de una de las bandas de la mafia italiana, por defender el derecho a la libertad, la igualdad y la justicia para todos.

Adentrémonos ahora en la historia de las aventuras de estos personajes, en sus realidades y sus sueños, su espacio y su tiempo, sus triunfos y derrotas.

Los hijos de Daisy viven y luchan por un futuro mejor en las ciudades de Zaruma, Machala, Guayaquil, Quito, Chicago y Fairfax en los Estados Unidos, y Roma, Nápoles y Génova en Italia. En estas tres últimas ciudades se dan los acontecimientos relacionados con la muerte de Héctor, de los que sabemos por los regresos al pasado de la quiteña Sandra Calderón, su viuda, quien conoce a Edgar en Roma luego de la muerte de Héctor y le cuenta sobre la breve y dolorosa relación que tuvo con su hermano. De sus conversaciones surge la comprobación de que el asesinato de Héctor estuvo relacionado con su contexto histórico, pues, tan pronto como fue a trabajar en Nápoles, se vio involucrado con la banda Camorra, una de las más poderosas del crimen organizado de Italia, prácticamente sin saberlo y sin haber hecho nada para relacionarse con ella, y que se produjo porque se negó a colaborar con sus ne-

gocios ilícitos. Esta asociación de ficción con realidad contribuye a hacer verosímil la narración por medio del establecimiento de límites imprecisos entre las dos, como sucede en el presente caso. Veamos otros ejemplos del uso de esta técnica narrativa, tomados de las vidas de los otros hijos de Daisy. Lucinda, la mayor de ellos, tuvo que ir a los trece años de edad a Quito para trabajar como empleada doméstica, debido a la extrema pobreza en que vivían ella y sus hermanos en Zaruma, donde su abuelita no contaba para criarlos sino con las remesas que le enviaba su hija. Pocos años después consiguió un trabajo mejor, llevó a sus hermanos a Quito y los crió y educó con mucho cariño. Edgar, su único hermano de padre y madre, fue el primero en ir, ya adolescente, a Quito, donde empezó a trabajar enseguida para ayudar a su hermana. Poco después, en 1986, con veinte años de edad, emigró a los Estados Unidos, para seguir ayudándole con sus remesas. Estuvo primero en Chicago, Illinois, donde se casó y tuvo dos hijos; luego se divorció, se mudó a Fairfax, Virginia, y siguió trabajando allí por un tiempo más. Diez años más tarde, en 1996, regresó a Quito con la intención de poner una empresa de limpieza, pero no funcionó debido a la crisis bancaria de 1999, la cual le afectó económicamente y le obligó a emigrar a Italia. Fue allá a donde llevó a Héctor en el año 2000. Guillermina y Roberto también tuvieron problemas con los prejuicios de su sociedad. Como se menciona en el ya citado segundo párrafo de la novela, Guillermina se puso a llorar en la fiesta de Nochebuena de 2006 en casa de su hermano Roberto al ver cómo Cléber Orozco, su conviviente, “coqueteaba” con Jaqueline, la esposa de Roberto. Al salir de la reunión, ella “le botó” a Cléber de su

casa en Quitumbe, porque estaba harta de su machismo y sus maltratos. Roberto, por su parte, había empezado a beber cuando estaba en un colegio secundario en Machala, en donde vivía con su abuela materna luego de la muerte de su tía. El haber crecido sin padre ni madre en la soledad y el abandono, y la muerte de su abuela, la única persona que lo había cuidado y criado con amor, lo sumió en el alcoholismo, vicio que lo perjudicó por muchos años, hasta que, el 25 de diciembre de 2006, tuvo una seria conversación con su esposa a propósito de su aparente “coqueteo” con Cléber Orozco la noche anterior. Jaqueline le aclaró que solo había conversado un rato con su cuñado y que nunca había coqueteado ni con él ni con nadie, y le dijo que si él no se unía a Alcohólicos Anónimos para dejar de beber, ella y su hijita se irían de la casa. Entonces Roberto, a pesar de que todavía estaba con un terrible “chuchaqui”, prometió que dejaría la bebida por amor a su familia. En cuanto a Néstor, el hijo menor de Daisy y el único criado por ella, había empezado a trabajar el 1 de enero de 2007 para un diputado amigo de su papá, pero las cosas se le complicaron el 15 de ese mismo mes y año, día de la toma de posesión de Rafael Correa, el nuevo presidente de la república, cuando, luego de la ceremonia, él y otros asistentes de los diputados de la oposición fueron atacados en las afueras del Congreso por partidarios de la mayoría en el poder, que pedían su disolución y el establecimiento de una Asamblea Constituyente. Su mamá tuvo que llevarlo a un hospital público para que se recuperara de sus heridas.

En estos ejemplos hemos visto cómo el combinar la ficción con su contexto histórico ha contribuido a que se dé un excelente juego de narración con descripción en la novela. Esta técnica ha facilitado también la caracterización de los personajes, ya que, al enmarcar históricamente sus acciones, nos ha ayudado a definirlos como arquetípicos o estereotípicos, es decir, como héroes o antihéroes. Según Karl G. Jung, la conducta arquetípica repite las acciones heroicas de los antepasados que contribuyeron al desarrollo ético de sus comunidades. Las acciones de los antihéroes, en cambio, son estereotípicas, porque se van contra el bienestar de su sociedad. Además de su abuela, los cinco primeros hijos de Daisy son, a pesar de sus defectos y limitaciones, personajes arquetípicos, junto con sus nietos, sobre quienes se nos cuenta en el Epílogo, y Sandra Calderón, la viuda de Héctor. Al contrario, Daisy y Néstor, su último hijo, junto con los hombres con quienes se casaron las mujeres de la familia, la gringa con quien Edgar se casó y los mafiosos que asesinaron a Héctor se perfilan como estereotípicos. Los dos mejores ejemplos de conducta arquetípica son la abuela y Héctor, su tercer nieto. Incluso sus nombres los caracterizan como tales: María del Cisne estaba predestinada a seguir el ejemplo de la madre de Dios en su advocación de la Virgen del Cisne, que se venera en Loja y El Oro, y dedicarse con amor a la crianza de sus nietos. Héctor, en cambio, se sacrificó por sus principios y el cumplimiento de su destino manifiesto, como lo hizo el héroe de la *Iliada* de Homero. En su heroica lucha por defender sus valores éticos y su integridad a toda prueba se concentran los motivos que llevan al argumento a su clímax y su desen-

lace y hacen de él el personaje símbolo de la novela.

En cuanto al lenguaje, el contrapunto entre descripción y narración logra crear el estilo más adecuado para estructurar el contenido. Muchos estilistas están de acuerdo en afirmar que el lenguaje objetivo, preciso e impersonal, se usa en la narración, mientras que el subjetivo, personal e intimista, es el más apto para la descripción. Esto se da en *Los hijos de Daisy*, sobre todo en la pintura de los sentimientos de los personajes y de los ambientes que enmarcan sus acciones. Veamos a continuación una descripción que ilumina la narración, en el marco de la gesta de Héctor contra sus perseguidores:

Héctor descubrió que Gigio, su jefe, era de un clan de Camorra cuando este le invitó a navegar por la bahía de Nápoles en su yate, un domingo por la mañana. Así empezó su carrera contra la muerte, en el marco de uno de los más hermosos paisajes del espacio novelesco.

El agua de color zafiro, las casas de colores encendidos –bermellón, siena, ocre, rojo– colgadas de la montaña, pero apelotonadas como compitiendo por alcanzar la cima, donde se alzaba su catedral gótica; aquí y allá, los jardines con naranjos y limoneros; abajo, [...] los veleros surcando la ensenada, el suave mecerse del barco, los bocaditos que servía Gigio, las chicas derrochando simpatía y belleza [...] Héctor jamás había vivido algo así, y se sentía en el paraíso (p. 235).

Esta descripción nos muestra el hermoso entorno natural de la bahía al tiempo que nos hace sentir la felicidad de Héctor. Estamos ante el lenguaje subjetivo, tan adecuado para pintar los ambientes novelescos y el carácter y las

emociones de sus personajes por medio de una cuidadosa adjetivación y el frecuente uso de metáforas.

Otro acertado recurso estilístico es el de incluir en la novela textos en otras lenguas, en este caso sobre todo en italiano e inglés, como podemos ver en parte de un mensaje en inglés, con su traducción al español, que Edgar le envía a su hijo Nick, luego de varios años de no saber nada de él ni de su hermano:

My beloved son Nicholas: your email is the most beautiful thing that has happened to me since your birth [...] All these years I have been longing for you and your brother [...] but I have been kept away [...] because of the restraining order your mother obtained from a judge [...]

Mi amado hijo Nicholas: Tu correo electrónico es la cosa más hermosa que me ha sucedido desde tu nacimiento [...] Todos estos años me he pasado añorándote a ti y a tu hermano [...] pero he sido separado de ustedes [...] por una orden de alejamiento que su mamá obtuvo de un juez [...] (pp. 362 y 363).

Otro recurso que se combina muy bien con la precisa adjetivación y la frecuente metaforización que se dan en el lenguaje novelesco es el abundante uso de giros coloquiales y expresiones idiomáticas del dialecto ecuatoriano en el diálogo y los regresos al pasado de los personajes, lo cual crea el estilo más efectivo para mostrar el sincretismo cultural que caracteriza a nuestra sociedad. Hemos dado unos pocos ejemplos del dialecto serrano. Demos ahora otros del costeño, sobre todo guayaquileño, tomados de una conversación que Néstor Castillo tiene, en un bar de su ciu-

dad, con un amigo suyo, homosexual como él, sobre los ataques que tuvo que soportar en Quito, en enero de 2007: “jientos y jientos de policías no nos dejaban entrar al Congrejo” ... “Hajta el presidente del Congrejo se unió a los que nos traicionaron” ... “¿Y cómo ejtaj ahora, ñaño?” (pp. 182; 185 y 186).

Hemos acompañado a los hijos y nietos de Daisy Castillo en sus luchas por mejorar su vida y la de los suyos, y hemos comprobado que sus acciones constituyen un testimonio literario de la realidad de la migración en el Ecuador. Hemos visto cómo el sacrificio de Héctor Ochoa Castillo sirvió para liberar a su gente de los explotadores de siempre, cumpliendo así su destino arquetípico, y cómo Sandra Calderón, su esposa, logró su libertad también arquetípicamente por medio de su trabajo y su honestidad a toda prueba. Lo mismo sucedió con la mayoría de los miembros de esta familia símbolo. Casi todos ellos consiguieron liberarse de los prejuicios dominantes en las sociedades injustas estructuradas verticalmente, que fomentan la violencia social y el sometimiento de los débiles por parte de los poderosos. Estamos seguros de que los lectores de esta ejemplar novela estarán de acuerdo con nosotros.

**FANNY CARRIÓN DE FIERRO**

**JUAN VALDANO,**  
***Palabra en el tiempo***  
Quito, Eskeletra/Academia  
Ecuatoriana de la Lengua, 2009,  
540 pp.

### EL TIEMPO Y SU CLAVE

Con *Palabra en el tiempo*, Juan Valdano (Cuenca, 1940) continúa su línea de exploración y reflexión iniciada con *El humanismo de Albert Camus* (1973), *La pluma y el cetro* (1977), *Ecuador: cultura y generaciones* (1985) e *Identidad y formas de lo ecuatoriano* (2005). Una línea en espiral, nunca plana. Aunque en el desarrollo de sus argumentos y observaciones no necesariamente esté buscando el consenso o la aceptación. Quizás sea esto lo que, dentro de una tradición muy rica en el ensayo ecuatoriano y latinoamericano de la modernidad, torne interesante y revelador el trabajo crítico y ensayístico de Valdano, quien ha hecho del ámbito del ensayo una especie de territorio para sostener un diálogo de doble vía con todo lo que son los referentes clave y fundacionales de nuestra tradición.

Ejercicio en el que ha sabido poner a dialogar, estratégicamente, y dentro de una concepción actual y moderna del género, a diferentes disciplinas y saberes, tales como la historia, la teoría y los estudios literarios, la crítica cultural, la filosofía, la semántica y lingüística.

¿Dispersión? No, suma de todas las prácticas del saber que dentro de lo que es la génesis y el desarrollo del pensamiento crítico latinoamericano, al que siempre ha estado vinculado la praxis del ensayo, ponen en evidencia ese carácter heterogéneo de nuestra cultural,